

Hugo Mujica¹

Una situación como la que está viviendo la Argentina implica dolor. Pero como todo dolor, dice el autor de este texto, pasa. Las crisis nos advierten que la vida no cabe más en el pasado y que seremos lo que fecundemos en cada paso hacia delante.

A veces la vida nos sacude, a veces ella misma parece sacudirse en nosotros. A veces lo hace desde dentro, como queriendo expandirse, rebasarse; a veces desde fuera, como queriendo encontrar su propio espacio en nosotros, queriendo entrar, queriendo respirar y ser. Lo cierto es que el hombre crece a saltos, salto a salto, combate a combate. Este fértil combate, esta manifiesta o solapada lucha con la vida, cuando se entabla, cuando estalla, se llama *crisis*. Cuando da fruto, cuando pasa: *fecundidad*.

La raíz de la palabra *crisis* es *skribh*, y sus significados dicen relación a cortar, a separar, a distinguir. Distinguir una cosa de la otra, lo noble, de lo espurio, lo puro de lo impuro. De ahí derivan a su vez las palabras acrisolar y cribar, y su sustantivo: crisol, es decir, el recipiente en el que antiguamente se ponía el metal sobre el fuego, el oro, para que el calor separe el metal pre-

cioso del metal impuro. Lo bueno de lo malo, lo claro de lo turbio.

Solemos hacer de un tramo de la vida, de sus infinitas posibilidades, una imagen, un recorte, y a ese recorte lo llamamos “mi” vida o lo llamamos “yo”. Una imagen que, con el tiempo y la repetición se va endureciendo, petrificándose. Pierde su vitalidad, su novedad. El tiempo de crisis, podríamos decir, es el tiempo en que la dureza se resquebraja, pierde su rigidez para ablandarse otra vez arcilla, barro, disponibilidad. Tiempo en que, una vez más, todo se puede volver a modelar, todo se hace apto para la modificación, para la recreación.

Una crisis es el conflictivo encuentro entre lo nuevo y lo viejo, lo que ya fue y lo que quiere ser. El desencadenante del conflicto puede ser multiforme, pero siempre inesperado, siempre singular. Es para todos, es la vida misma, pero en cada uno. Es en cada uno porque es lo que nos va haciendo únicos. Lo que nos va dibujando el propio rostro.

Lo nuevo, lo que una crisis nos deja, no es necesariamente, y no suele serlo, del orden de lo viejo, de lo agotado. Una crisis económica, por ejemplo, no implica una solución económica, por el contrario puede, y suele, resolverse en lo opuesto: puede hacernos ver la transitoriedad de todo bien, lo definitivamente inaferrable de cualquier posesión, lo que siempre e infalible-

mente estamos llamados a dejar. Nos puede mostrar lo que no veíamos porque lo que teníamos lo cubría... Nos puede revelar lo que los otros son y no lo que los otros nos pueden dar.

Las crisis, toda crisis, es dolor, dolor de parto. El dolor, todo dolor, pasa, lo que queda, lo que deja, es lo que ese dolor transformó. El fruto de toda crisis, su insoslayable don, es una nueva mirada sobre lo viejo y lo nuevo. Cada crisis nos advierte que la vida, nuestra vida, no cabe más en el pasado, que algo nuevo busca inaugurar una nueva medida. Un nuevo comienzo, una altura nueva. La vida, ella misma, en cada paso, es trance, crisis: lo que está en juego, lo que se acrisola en cada paso, somos nosotros mismos, es nuestra propia vida. En nosotros la vida separa lo mezquino de lo noble, el cerrarse del entregarse... Ante una crisis la opción es siempre la misma que ante todo lo que no depende enteramente de nuestra voluntad: el miedo o la esperanza, el cerrarse o el abrirse.

Cada uno de nosotros somos, y seremos, el resultado del paso adelante o el retroceso con que respondimos a cada crisis... Cada uno somos lo que en cada crisis dejamos fecundar, lo que en cada una dejamos nacer.

¹ Hugo Mujica es un sacerdote y escritor argentino. Artículo de la revista Clarín.